

## EL TÚNEL DE SAN ADRIAN.

(Á D. JOSÉ MIGUEL DE ECHEVERRIA.)

¡Qué día tan venturoso!  
de incomparable delicia  
fué el del diez y seis de Junio  
del año que se desliza.  
Tantas dulces emociones  
es difícil que describa  
por ser el asunto grande  
y pobre la pluma mia.  
¡Ah! la apacible mañana  
con los pájaros que trinan  
y á internarse en los jarales  
del monte Aitzgorri convidan.  
Las numerosas personas  
de condiciones distintas  
por su posición, edades,  
y de diversas provincias.  
Todos allí se confunden,  
todos allí fraternizan,  
todos, cual si les unieran  
los lazos de la familia.  
Ancianos que aun á sus años  
por la pendiente caminan  
y su entusiasmo disipa  
las huellas de la fatiga.

Juventud alborozada  
que con ligereza brinca  
salvando los accidentes  
del terreno que conquista.  
Y las agrestes veredas  
de mil caprichosas líneas,  
los vetustos robledales  
que cierto respeto inspiran;  
en las erguidas alturas  
el aire que se respira  
tan puro y tan libremente  
que al cuerpo da mayor vida.  
Y después dentro del túnel  
en aquella nueva Ermita  
con todo recogimiento  
oir la solemne misa,  
donde un orador sagrado  
con elocuencia predica  
exponiendo de la Iglesia  
la Evangélica doctrina.  
Luego una armoniosa banda  
ejecuta con maestría  
la marcha de San Ignacio  
que á la multitud fascina.  
A sus primeros acordes  
rompe á cantar toda unida  
la gente y grandioso coro  
de pronto allí se improvisa.  
Y las fantásticas formas  
de grutas y galerías  
con blancuzcos pedregales  
y raras estalactitas.  
Y el sublime panorama  
que á lo lejos se divisa  
fuera del túnel y causa  
deleite grande á la vista.  
Pasa el tiempo y aunque la hora  
llega ya de la comida

---

aun D. Rubicundo Febo  
segun parece dormita  
envuelto en oscuro manto  
de poética neblina  
todo rociando una agua  
de una calidad finísima.  
Pero el entusiasmo crece  
y aumenta y se centuplica  
con el *Gernikako arbola*  
de banda y canto que animan.  
Y una voz adolescente  
cuando el canto finaliza  
con arrebatado acento  
«¡que vivan los fueros!» grita.  
Fuerte el grito como un roble,  
á las masas electriza  
y la multitud con brío  
á coro repite ¡vivan!  
Y esa voz vuelve á escucharse  
por los montes repetida  
en aquellas latitudes  
dó las águilas anidan.  
Tantas dulces emociones  
es difícil que describa  
por ser el asunto grande  
y pobre la pluma mía.  
Para dar fin, mi conciencia  
declarar ahora me dicta,  
que en tal túnel no me he hallado  
en los años de mi vida.

MARCELINO SOROA.

San Sebastian, 19 de Junio de 1893.

---